

nuestra mesa de escribir y en nuestro poder más que un libro, que es la santa Biblia. Grande es este tesoro; pero hubiéramos deseado tener á la mano alguno más para ilustrarnos.

Pau y Noviembre 28 de 1870.

## PIO NONO Y LA IGLESIA DE UN DIA.

### CAPITULO I.

#### LA CRUZ DE LA CRUZ.

**A** quien haya recorrido con cuidado, y meditado con espíritu cristiano los libros de los santos Profetas, en los cuales se describe con lenguaje misterioso la naturaleza de la Iglesia que habia de fundar con su propia sangre el Hijo de Dios, y las circunstancias que la habian de acompañar en la tierra; á quien haya estudiado la historia de esta misma Iglesia, y sus continuas vicisitudes en los diez y nueve siglos de existencia que tiene, no debe haberle sorprendido lo que ha acaecido en la ciudad santa de Roma el veinte de Setiembre de este año.

Todas las profecías relativas al modo de existir de la Iglesia católica están encerradas en aquellas palabras que el Espíritu Santo pone en los lábios de su Esposa, que es esta misma Iglesia, y dicen así: *negra soy, pero hermosa, hijas de Jerusalem: no mireis á mi tez morena, pues estoy ennegrecida por el sol: los hijos de mi madre han peleado contra mí.* (1) Toda la hermosura de esta hija

[1] Cant. cap. 1, vv. 4, 5.

del rey es interior, como dice el Profeta; (1) y esa es precisamente la que tiene enamorado á su Esposo; y no consiste esta belleza encantadora mas que en la caridad y demás virtudes, que ejercita y posee en grado heróico. Esta es la dote, y estas las galas de la Iglesia católica; pero en lo exterior es otra cosa: los ardores de las persecuciones la dán un aspecto sombrío al parecer, causándola momentos de amargura y de pena mas acerba las guerras que la suscitan sus propios hijos. Esta es, dice el Doctor san Bernardo, (2) la hermosura y la negrura de la Iglesia, que la han de acompañar mientras viva en este mundo, combatiendo siempre por el honor de su Esposo. Y guardan una conformidad tan admirable las profecías sobre esto y los acontecimientos humanos, que si no hubiera otros mil argumentos para probar, *á priori*, la divinidad de la Iglesia católica, solo este bastaria; porque desde que existe, se ha notado y se verá siempre, que solo ella ha sido siempre perseguida; y mientras las innumerables sectas de perdicion se toleran unas á otras, ninguna tolera á la Iglesia católica, y con una concordia siempre uniforme, todas dejan á un lado sus rencillas al tratarse de hacerla la guerra, y fraternizan y se unen para asestarla sus tiros, y derribarla, si pudieran, al darla el ataque.

Pero hay en las palabras proféticas que hemos referido, una frase desconsoladora, y es la que se contrae á la guerra, que los mismos hijos de esa Iglesia la declaran, pues se advierte que esto es lo que por su índole peculiar parece que llama mas la atencion de las hijas de Jerusalem, y lo mas peligroso para que las acometa la tentacion de dudar á caso de aquella belleza interior que tienen; por lo cual les advierte que no fijen su atencion en su negrura, ocasionada por esos ataques que le dan los hijos de su misma madre. Y á la verdad, hay en los crímenes una gradacion, que va aumentando su gravedad y causando sucesivamente sorpresa, espanto, horror y execrabilidad; sorprende el despojo violento de un favorecedor

[1] Ps. XLIV, v. 14,

[2] In Cantic. cap. I.

por el favorecido; espanta un asesinato cualquiera; horroriza un parricidio; mas cuando este recae en una madre tierna y amorosa, perpetrado por sus propios hijos, es tan execrable, que los idiomas humanos no tienen bastante fuerza para darle el calificativo conveniente. Pero entre tanto, y no pudiendo creerse que tal caso haya podido suceder, hay motivo para que los que oyen la relacion del crimen, puedan sospechar, ó que aquella madre no era tan amante y cariñosa como se decia, ó que bajo apariencias de ternura era quizás una harpía que intentaba devorar á sus hijos. La tentacion es grande por cierto; la esposa del pacífico Salomon no quiere que asalte á las hijas de Jerusalem; y por eso las advierte que no las perturbe su tez morena, pues en medio de la guerra que la hacen los de su casa, es siempre tan hermosa que tiene á su Esposo encantado y cautivo de amor.

Tambien ha corroborado la historia en este particular las palabras de la profecía. La Iglesia católica atacada á todo trance por espacio de tres siglos por emperadores paganos, vió algunos dias de tregua, hasta que de los arenales de la Arabia salió un profeta falso que fundó un imperio y dominó medio mundo y estuvo combatiendo por espacio de siete siglos, para ver si podia ahogar en el Occidente aquella civilizacion cristiana que habia planteado la misma Iglesia, así como habia ahogado en Oriente los gérmenes de esa misma civilizacion arrojados allí por el mismo Jesucristo y por sus Apóstoles. Pero el Occidente puso al fin un muro de hierro á los furores del alfanje de Mahoma, librando así á la Iglesia de los ataques encarnizados de sus enemigos exteriores y prometiendo á su santa madre los reyes que ella habia educado, que con su cetro y con sus huestes la defenderian de cuantos intentasen venir de paises feroces á molestarla.

Blanca, hermosa y sin lunares se hubiera dicho que empezaba á dejarse ver la Iglesia, cuando habia extendido su dominacion suave y pacífica en todos los reinos, que habia educado en la ley de su Esposo celestial; pero no era así; pues aquellas mismas banderas que ella ha-

bia bendecido y entregado á reyes ilustres, para que bajo su sombra peleasen ellos y sus ejércitos contra los enemigos de la cruz, se habian de convertir en pendones con que se militase contra ella. Una nueva y mas entristecedora negrura tenia que sombrear el hermoso rostro de la madre espiritual de los hombres; porque cuando la movian guerra los paganos y los infieles, el crimen era el de los bandoleros, cuando los herejes, lo era de los asesinos, mas ahora era el de los parricidas. Y ¡desgracia lamentable! Fuéles cayendo en suerte este atentado á estandartes unicolores, á pabellones bicolores, á banderas tricolores, gloriándose todos, sin embargo, de adorar á Cristo. Cayóles esta empresa parricida en suerte, repetimos; pero no se crea que Dios se la dió, sino que cada cual se la tomó; no hubo sorteo para esta obra de iniquidad, y si lo hubo, tuvo lugar en el infierno, siendo Satanás el que daba el cargo á quien suponía que lo habia de desempeñar con un éxito mas feliz. Extendiéronse unas veces abiertamente las águilas cesáreas; otras se desplegaron con suavidad las flores de lis; otras, hasta los castillos y leones cobijaban bajo su sombra á los que minaban la Iglesia de Cristo; y otras, hasta tremoló la bandera de un cuartel con el emblema de los dados con que se jugó en el Calvario la túnica de Cristo, para hacer guerra á su Vicario. ¡Desgracia! No hay reino católico que pueda presentarse ante el cuerpo del delito y jurar, como mandaba la ley antigua, que no tiene parte en el asesinato. Grandes y horribles son las calamidades que ha padecido la Iglesia; pero hoy dia ni una sola bandera cristiana tiene derecho para levantar su voz y decir: juro que *nuestras manos no han derramado esta sangre, ni nuestros ojos han visto la accion criminal*. [1]

En esta alternativa hemos visto implicadas las naciones, y en esa azarosa marcha ha venido caminando con majestuoso continente la Esposa de Cristo, hasta que hemos llegado á uno de los ataques mas fieros que refiera la historia. Pero no hay que espantarse por él; es en sustancia el mismo de las edades pasadas, y la diferen-

[1] Deut, cap. XXI, v. 7.

cia está solamente en el modo; su aspecto es mas feo por haberse usado cosas muy parecidas á los congresos secretos que tuvieron lugar en Jerusalem entre los mandatarios de la ciudad, á los pactos que estos hicieron con Iscariote, y á lo que este hizo, para que los príncipes no se equivocasen en el sujeto á quien habian de echar mano, y arrastrarlo al suplicio. Esta vez tocó la suerte, precisamente á un estandarte de campo blanco, donde no hay mas que una enseña, enseña de paz y caridad, de santo derecho y verdadera justicia, de amor á Jesucristo, de veneracion á su Vicario, y de santa sumision á cuanto Aquel mandó, y á cuanto en su nombre ordena este, la señal de la cruz. El veinte de setiembre de este año es el dia mas nefasto que ha tenido ese lábaro: pues en realidad puede decirse, que desde que se tremola la insignia real del Hijo de Dios, cuya sola vista hace huir al demonio, solo en ese dia, no solo no ha huido de su presencia, sino que la ha acompañado ufano y altivo, diciendo sin duda á sus satélites, que habia llegado el dia en que iba á acabar con la cruz por medio de la cruz.

Consecuencia natural de esta triste herencia, que han ido legándose los reinos y las monarquías cristianas, ha sido esa admirable alternativa que constituye la existencia de la Iglesia católica, á quien cupo en suerte celestial la alegría del espíritu, inalterable y perenne, que nadie la podrá quitar, pero acompañada del luto que viste de vez en cuando, y sazónada con lágrimas que vierte á torrentes por los ultrajes que se hacen á su Esposo, y por la perdicion de los pecadores. Contradictorio parece este vivir simultáneo de alegría inmutable y de cruel amargura, pero no es, ni siquiera contrario: porque al alma justa nada la perturba, ni puede nadie arrancarla la paz del Señor. ¡Cuánto ménos á la Iglesia, que está unida con lazo indisoluble á Cristo, que es la justicia, la paz y bienaventuranza por esencia? Pero es preciso confesar, que algunas veces se suceden con una rapidez chocante los motivos de alegría y de lágrimas; de lo cual pudiera inferir el espíritu humano que lo segundo excluye lo primero y lo repele, aunque no es así;

y el espíritu humano, que compare las alegrías que vienen del cielo, con las que los hombres se forjan en la tierra, jamás sabrá discernir lo que entraña la paz que dá á las almas el Espíritu Santo.

Dicho esto, debemos confesar tambien, que para los espíritus débiles, y para las almas asustadizas, pocos lances ha habido, como el ocurrido hace poco, que las haya podido conturbar: porque, por uno de los acontecimientos mas fáustos que ha tenido la Iglesia, se hallaba esta vestida de las galas de su regocijo, cuando de repente la asaltó la fiera tormenta, que se presentó amenazadora y semejante á las olas del Océano agitado por furioso vendabal, que parece van á tragarse la tierra y no dejar una nave sobre las aguas salobres. Dos meses habia, que con aplauso del orbe se habia declarado asunto de dogma y objeto de nuestra fe la doctrina, tan antigua como la misma Iglesia, de la Infalibilidad del romano Pontífice cuando enseña la religion y sus preceptos á toda la cristiandad en calidad de Maestro y Doctor del universo creyente; y resonaban en todas partes los ecos de los cánticos sagrados que modulaban los fieles en honor del Altísimo, á los cuales respondian con unísono acento los moradores del cielo. Pero llegó un momento, en que los moradores de la tierra tuvimos que suspender el laud de la alegría, para entregarnos al llanto. Roma, la ciudad de la paz, oyó el estruendo de una artillería feroz, que lanzó contra ella mas de seis mil proyectiles en cinco horas, arrojó sobre sus sagradas basílicas innumerables bombas y granadas, vió destruidas sus murallas, oyó las pisadas sacrílegas con que hollaban sus calles y plazas sesenta mil invasores, y se estremeció con la horrenda gritería de un populacho venido de léjos, el cual con voces execratorias maldecia á todo lo que es bendito, y bendecia á todo lo que es maldito; vió esto toda la familia del crucificado, y toda en masa prorumpió en llanto, diciendo con el profeta Jeremías la tristísima lamentacion con que este lloró la ruina de Jerusalem por los incircuncisos. ¡Ay! exclamó la cristiandad enlutada: *¿Cómo se encuentra solitaria la ciudad llena de habitantes; se ha vuelto como viuda la señora de los pueblos, y*

*la metrópoli de las provincias ha sido hecha tributaria? Se han apoderado de ella sus enemigos, enriqueciéndose con sus despojos: llorando están sus caminos, porque no hay quien venga á sus solemnidades: sus puertas están destruidas, sus sacerdotes no hacen mas que plañir, sus vírgenes se ven escualidas, y toda ella gime abrevada de amargura. (1) ¿Cómo se ha oscurecido el oro, se ha mudado su color subido, y se han dispersado las piedras del santuario en los rincones de todas las plazas? (2)*

Así lloró la Iglesia en ese dia, y así continúa llorando todavía: cúponos la suerte de tomar parte activa en este llanto, pues fuimos testigo ocular de una gran parte de las abominaciones consumadas en él, y oimos el pavoroso estruendo de los obuses y las piezas de batir, y aun oimos el estallido fragoroso de una bomba que reventó á cuarenta pasos de nuestra morada, junto á la Iglesia de la Virgen de los Mártires, antiguo panteon de Agripa. Lo que digamos por tanto con relacion á los eventos de Roma, lo referiremos como quien ha sido testigo ocular y auricular, y podremos decir como el evangelista san Juan: *atestiguamos lo que hemos visto con nuestros propios ojos, y palpado con nuestras mismas manos.* [3] Pero antes de decir y comentar un hecho notabilísimo, que fué el que nos obligó á dar un grito en medio del silencio y la calma con que examinábamos en aquel dia la fisonomía peculiar de cada uno de los acontecimientos, debemos en obsequio de nuestra conciencia, que así nos lo exige, guardar silencio y cerrar los labios, porque la Cabeza visible de la Iglesia ha hablado y hecho la relacion de cuanto en tiempo anterior han hecho sus enemigos para ir abriéndose camino con el fin de llegar á ese dia, y de lo que ha pasado en él y los que le han seguido. El Sumo Pontífice ha dirigido últimamente una Encíclica á todos los Obispos del orbe católico, diciéndoles cuál es su posicion en medio de los enemigos de la Iglesia, y mandándoles que se lo hagan saber á los fieles sometidos á su cuidado pastoral, para que no igno-

[1] Jer. Lament., cap. I, vv. 1, 4, 5.

[2] Ibid. cap. IV. v. 1.

[3] I. Jo., cap. I v. 1.

ren estos su despojo, su cautiverio, y el escarnio y las befas que sufre de sus opresores, despues de haber estos bombardeado la cátedra de San Pedro, y usurpado con fuerza brutal el trono real, que Dios se dignó establecer para su Vicario en la tierra, á fin de que se sentase mas altamente que los reyes del mundo, y no estuviese sujeto á cetros humanos el que es Virey del Rey de los reyes. [1]

Oigase la voz del Pastor universal, y despues diremos algo de lo que hemos visto: en esas Letras Apostólicas el venerable cautivo, cumpliendo con su oficio de defender la justicia, y sin temor alguno á los hombres, declara terminantemente que el gobierno subalpino arrastrado por los consejos malvados de los sectarios, habia consumado con desprecio de todo derecho, natural, divino y humano, la invasion de sus dominios, cuyo acto venia proyectando desde hace algunos años por medio de villanas arterias y de manejos astutos é indignos. Tambien dice el santo Pontífice, que con la mas impudente hipocresía el mismo gobierno, al consumir la usurpacion sacrilega, ha ido publicando que lo hacia para establecer en las provincias robadas los principios de la moral pública, siendo así, que apenas se ha posesionado de algunas, ha establecido el culto y ejercicio público de la inmoralidad y de la mentira. No pasa en silencio las largas instancias que le viene haciendo ese gobierno, para que entre en convenio con los malos, lo que jamás podia consentir por ser semejantes pactos contra el derecho divino y humano. Expone además el Mártir del Vaticano, que el dicho gobierno ha estado enviando desde hace mucho tiempo á las ciudades y provincias de sus Estados conspiradores inícuos, y muy en especial á Roma, pagándolos con largueza, y derramando por medio de ellos el oro, para promover revoluciones incendiarias, y que ha dado ayuda y prestado apoyo á cohortes de hombres malvados y perdidos, para que, hace tres años, atacasen sus dominios; lo que se frustró por haber dispuesto la divina Providencia que precisamente cuando los foragi-

[1] Encíclica *Respicientes ea*, 1º de Noviembre de 1870.

dos empezaban á robar y asesinar dentro de las puertas de Roma, llegasen las tropas auxiliares que enviaba la noble nacion francesa. Revela tambien á toda la Iglesia el santo Pontífice, que el ocho de Setiembre le dirigió el rey subalpino una carta, en la cual le hacia saber con un razonamiento lleno de rodeos y de palabras falaces que, puesto que era su hijo amante y católico devoto, y deseaba mantener el orden público y dar proteccion á su persona, tenia determinado ir á apoderarse de sus dominios y de la ciudad donde tiene su Cátedra pontificia, sin que creyese jamás Su Santidad que esto fuese un acto hostil, sino un medio de satisfacer las aspiraciones del pueblo, y de conciliar su suprema jurisdiccion espiritual con el derecho y la libertad: “Nos, dice el Padre Santo, contestamos á esta carta, reprobando su contenido; pero no habia llegado nuestra respuesta á manos del rey, cuando su ejército habia entrado en nuestras ciudades, atacándolas á viva fuerza: y por fin amaneció el día infáusto de veinte del mismo mes, en el cual esta ciudad, Cátedra del Príncipe de los Apóstoles, centro de la religion católica y refugio de todas las gentes, fué vista por Nos mismo cercada por miles de soldados, derribados sus muros, y cubierta de espanto en su interior por los miles de proyectiles que en ella caian; haciéndose todo esto por mandato de aquel, que poco antes Nos decia, que era Nuestro afectuoso hijo y fiel amante de la Iglesia católica.”

Hasta aquí la historia de esa revolucion impia, tejida con el laconismo majestuoso del rey, y con la dignidad incomparable del Pontífice. Despues, guiado por las luces de la inspiracion y por las reglas de la filosofia mas alta que hay en la tierra, el Vicario de Cristo entra á formar apreciaciones sobre lo que veia con sus propios ojos, penetrando con los de su entendimiento en el oscuro laberinto de males que iban á caer sobre su ciudad amada y sobre las cosas santas, como ya lo ha visto el mundo espantado de tanto sacrilegio. “¿Qué cosa mas triste pudiera acontecer para Nos y para todos los fieles, continúa diciendo el Padre Santo, que ver en ese día